

Francisco Antonio Encina: El historiador y su obra

SANTIAGO LORENZO S.

1. El historiador

Es fácil recoger antecedentes de la vida de Encina porque el propio historiador en diferentes obras habla de su familia y de su biografía. A base de estos datos, de los que aportan coetáneos que le conocieron y de la huella que él trazara como resultado de su gran laboriosidad, podemos afirmar que, independientemente del juicio que merezca su obra, fue un hombre excepcional que sirve de paradigma a cualquier generación.

Nace en Talca el 10 de septiembre de 1874, en el seno de una familia de pudientes propietarios agrícolas, y muere en Santiago el 23 de agosto de 1965. De precocidad intelectual poco común, a los once años lee los Pensamientos de Pascal y entre los quince y los diecisiete a Bacon, Descartes, Hobbes, Espinoza, Leibniz, Locke, Hume, Kant, Hegel y Schopenhauer. Entre 1881 y 1891 cursa las Humanidades en el Liceo de Talca, del que era Rector su tío Adolfo Armanet, obteniendo máximas distinciones en todas las asignaturas. En 1892 se incorpora al curso de leyes de la Universidad de Chile titulándose de abogado, profesión que ejerce durante un corto tiempo para consagrarse a las labores agrícolas, amasando cuantiosa fortuna. Elegido diputado al Congreso Nacional a los treinta y dos años, por la agrupación de Linares, Parral y Loncomilla, destacó principalmente en el debate de temas económicos y educacionales.

Durante la permanencia en la Universidad de Chile, gracias a sus relaciones familiares y al prestigio ganado por su inteligencia y erudición, se vincula, a pesar de su juventud, con intelectuales y hombres de gobierno recibiendo el estímulo inicial en el cultivo de la historia. Según su propio testimonio, contaba con sólo veintitrés años cuando Barros Arana le propuso hacer el Resumen de la *Historia General de Chile*, en dos

volúmenes, y continuar la obra hasta el año 1891. Por entonces, en 1897, se difundió el rumor que Barros Arana y el joven Encina estaban empeñados en continuar la Historia General de Chile, presumiéndose, por los juicios de Barros al respecto, que incluiría puntos de vista lapidarios de los presidentes Errázuriz Zañartu y Santa María. Según Encina, el rumor llegó a oídos del Presidente Federico Errázuriz Echaurren quien sintió "curiosidad de saber qué tramaba Don Diego contra la memoria de su padre", intentando influir para evitar que aquello sucediera. Estimuló a Encina para que el proyecto lo llevara a cabo solo, le ofreció todos los datos que requiriera de la presidencia de su padre; le propuso conseguirle entrevistas con Eulogio Altamirano, Adolfo Ibáñez y José María Barceló y hacer ordenar y copiar la correspondencia de Don Federico Errázuriz Zañartu. Según confesión del propio historiador, estas entrevistas fueron el punto de partida de un largo trabajo de más de cuarenta años que culminó con la publicación de la Historia de Chile¹.

Antes de iniciar la redacción de la Historia de Chile Encina ya era autor de cuatro libros; *Nuestra inferioridad económica*, *La Educación económica y el Liceo*, *Portales* y *La Literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, pero nada hacía pensar que pasaría a la posteridad como historiador. Su obra resultado de una larga preparación, fue elaborada al margen de los medios intelectuales, en el aislamiento del campo. Es la obra de un laborioso agricultor que contempló "junto a los surcos y el arado el proceso de nuestra educación nacional, de nuestra cultura, de nuestro desarrollo y el cuadro histórico de la nacionalidad"². Casi es imposible referirse a este historiador sin mencionar sus vínculos con el campo chileno, que dejó huellas indelebles en su modo de ser y en su obra histórica. Alone, que le conoció personalmente, lo recuerda a caballo, de poncho y espuelas, con todas las virtudes del antiguo hacendado chileno: "hospitalario y generoso, sin fausto, con algo de patriarcal y primitivo", incapaz de hacer comedia. Según el crítico literario, el desdén que sentía Encina "por las fórmulas, por las actitudes para la galería" le cerraron el camino para la política, quehacer donde esos defectos son indispensables³. Eduardo Moore también lo recuerda en relación con el campo, como propietario y arrendatario de decenas de fundos desde Vallenar a Puerto Montt, afirmando que el medio campesino era su fuente de energía, de inspiración y la raíz de su cosecha intelectual⁴.

¹ ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *La renovación de nuestra historia una odisea literaria*. (En: Espinoza, Juan. El abate Molina. Santiago, Zig-Zag, 1946, pp. 9-56) pp. 29-30.

² GÓMEZ MILLAS, JUAN. *Francisco Encina es un héroe civil del desarrollo de la nacionalidad*. El Mercurio. Santiago (25 de agosto, 1965).

³ ALONE. *Recuerdos de Don Francisco Encina*. El Mercurio. Santiago. (25 agosto, 1965).

⁴ MOORE, EDUARDO. *Don Francisco: el hombre; su historia monumental*. (En: Encina, Francisco Antonio. *Nuestra inferioridad económica*. Santiago, Universitaria, 1955, pp. XII-XXIV) p. XIV.

La lectura de la *Historia de Chile* confirma todos estos asertos; se trata de una obra llena de referencias a la vida agrícola, de las que se vale el autor para ejemplarizar un suceso, un hecho moral, una conclusión. "Encina ama los árboles, admira los secretos del matorral, siente el canto de los pájaros, se enamora de los trigales, de los ríos, de los esteros. Su chilenuidad es totalmente campesina, y la siente fresca y saludable. Los animales de la tierra le seducen. Se embebeza con los caballos y al caballo chileno le ha rendido elogios en las batallas en que ha actuado. Lo ha admirado en el paso difícil del sendero y se ha enternecido con su sobriedad e inteligencia"⁵.

Aquellos que alternaron con Encina tuvieron una percepción muy positiva de su persona. Unos, destacan su plática franca y directa que según un interlocutor "causaba vértigos, aunque él no pareciera en modo alguno buscar ese efecto, pues hablaba sin el menor empaque e impartiendo a menudo a sus palabras un aire de juego y picardía"⁶. Otros, ponderan su inteligencia. Alone, que tuvo el privilegio de conocer a los intelectuales más importantes de su generación, confiesa que "nunca había tratado de cerca a un hombre de tanto talento, de una inteligencia tan profunda y, por decirlo así, succulenta". Recuerda que conversar con Encina "era como recibir en la cara un torrente de inteligencia pura, sensible, palpable. De la historia pasaba a las ciencias, de las ciencias a la filosofía, se internaba por los vericuetos psicológicos, elevándose del individuo a los pueblos, de los pueblos a las razas y de ahí a la humanidad". Según el destacado crítico literario chileno, después de las conversaciones con el historiador quedaba en un estado de embriaguez y con la sensación de haberse asomado a otro universo⁷.

Conjuntamente con estas cualidades, llama la atención la longevidad y lucidez de Encina, quien tuvo su período de mayor fecundidad intelectual a edad madura. A los sesenta y un años comenzó a escribir la *Historia de Chile*, obra que terminó a los setenta y siete. La redacción de *Bolívar y la independencia de la América española*, en 8 gruesos volúmenes, la inició a los ochenta años y la terminó a los noventa, en vísperas de su muerte.

2. Su obra

Desde las primeras páginas de la *Historia de Chile*, Encina pone énfasis en deslindar su concepción de la historia respecto de la de los historiadores

⁵ FELIÚ CRUZ, Guillermo. *Francisco A. Encina, historiador*. Santiago, Nascimento, 1967, pp. 68-69.

⁶ R.M.C. *Don Francisco, gran conversador*. El Mercurio. Santiago. (25 de agosto, 1965).

⁷ ALONE, op. cit.

que le precedieran. Repite con monotonía que no comulga con la idea de que el mejor historiador es el que posee un adoquín en vez de cerebro, ni que la historia deba ser “el hospicio del mundo intelectual destinado a albergar a las que nacieron sin intuición científica ni dotes artísticas”⁸. Rechaza de plano el método de los historiadores del siglo XIX por limitarse a “amontonar materiales, o a ensartarlos en hilos fijos y extraños al suceder, a la manera de quien coloca las cuentas de un rosario”⁹ y escribir bajo el influjo de sentimientos y pasiones políticas, “que deforman y empequeñecen la visión histórica”. Desde su punto de vista, Federico Errázuriz Zañartu “es un toro embravecido que embiste a sus enemigos con los ojos cerrados y los cuernos en ristre”. Vicuña Mackenna e Isidoro Errázuriz son dos “poderosos intelectos” ofuscados por las pasiones políticas. Respecto de Lastarria afirma que en nombre de una abstracción, “la libertad”, execró “cuanto había existido y existía en Chile” y que en Barros Arana, “bajo la frialdad estudiada de la forma y de la nota monocorde del término medio se agitan indomables las pasiones”, que “alteran la fisonomía de los hombres y de los sucesos, sin que el lector, adormecido por la frialdad aparente de la forma lo advierta; y en el cincuenta por ciento de los casos, a los menos, sin que tampoco los advierta el autor”. De su crítica a la historiografía chilena sólo queda en pie *La Historia de la Guerra del Pacífico* de Gonzalo Bulnes, que por la investigación y la forma es “una cumbre aislada que se alza éntre la historia tradicional y la historia que vendrá”¹⁰. En consecuencia, nuestro historiador tiene serias objeciones a la historia narrativa y también a la historia filosófica. A la primera le atribuye validez sólo para la época en que “la historia se confundía con la investigación”, mientras que a la segunda la encuentra inapropiada para cualquier momento por encuadrar los hechos en una armazón estructurada por las ideas políticas, religiosas y filosóficas de los propios historiadores y determinar la conformación del suceder desde un presente distinto al pasado que se historía. No se trata de que niegue al historiador la posibilidad de exponer su pensamiento, muy por el contrario, le parece muy necesario que lo exponga, pero sólo cuando estas reflexiones son el corolario de una representación.

Encina postula que el suceder está informado en mucho mayor grado por los impulsos del subconsciente, los deseos y los sentimientos que por las ideas, otorgando prioridad al análisis psicológico de los personajes para la comprensión de los acontecimientos. Cree que los actos humanos son casi insondables, lo que exigiría del historiador una serie de cualidades para que pueda aprehender nítidamente el pasado; de entre ellas le parecen indispensables: la curiosidad, vasta cultura, dominio de la histo-

⁸ Cit. por Feliú Cruz, op. cit. p. 141.

⁹ ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *La renovación...* p. 17.

¹⁰ *Ibidem*, p. 9.

riografía, profundidad mental, agudeza psicológica, imaginación evocativa, intuición y sentido del encadenamiento. El que poseyó en alto grado las cualidades que exigió de los demás historiadores, se remonta al pasado procediendo a una exhaustiva selección de los hechos, por estimar que éstos tienen un interés relativo como “elementos que encarnan el alma y la vida, los hombres y los sucesos”¹¹. En el prólogo de la *Historia de Chile* Encina confidencia que en lugar de un recuento pormenorizado, prefirió simbolizar el desarrollo histórico “en los hechos más sugestivos y en las frases que reflejan con más viveza la psicología de los actores”¹², lo que implica “percibir intuitivamente los hombres y los sucesos que realmente encarnan el pasado”¹³ y entender la historia como “la representación simbólica de la vida nacional y de sus cambios y vicisitudes”¹⁴.

Por la profundidad del análisis, podemos inferir en el autor de la *Historia de Chile* una adecuada comprensión de lo histórico, que se refleja en la selección de los hechos pero, en cuanto toda selección implica un olvido, esta comprensión queda limitada a los acontecimientos que su inteligencia considera los más representativos. Su enfoque, a diferencia del de los historiadores liberales del siglo XIX, que ponían su presente como común medida del pasado y del futuro, no establece rango entre estos tres momentos, pues ve la historia como una corriente de existencia a la que se sumerge para vivir y sentir lo que otros sintieron, como contemporáneo de los hechos¹⁵.

Atribuye a la raza un rol fundamental como factor de los acontecimientos, lo que le lleva a estudiar con detenimiento el mestizaje y a ahondar en la psicología nacional. La raza, recuerda, no es “algo estático e inmóvil en el devenir de la vida”, sino cambiante, generando consecuencias en la manera de pensar y sentir colectivos. Descubre en los gobiernos una fisonomía diferente según predomine el fondo vasco o el andaluz, singularidad que estima habría sido mayor de haber tenido primacía el fondo aborigen¹⁶. Según Encina, gracias al mestizaje emerge una nueva raza histórica, con cualidades diferentes a la de sus progenitores, que se pondrían en evidencia a partir de la segunda mitad del siglo XVII por medio de “una especie de infancia cerebral en el criollo que no se borraría en todo el curso de la historia de Chile”, manifestándose en la repugnancia por todo esfuerzo prolongado; en la incapacidad para prever y obrar en

¹¹ ENCINA, FRANCISCO A. *Historia de Chile*. Santiago, Nascimento, 1949. Tomo I, 3ª ed. p. 9.

¹² *Ibidem*, pp. 17-18.

¹³ ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*. Santiago, Nascimento, 1935, p. 71.

¹⁴ *Ibidem*, p. 98.

¹⁵ *Ibidem*, p. 140.

¹⁶ *Ibidem*, p. 273.

¹⁷ ENCINA, FRANCISCO A. *Nuestra inferioridad económica*. Cap. IV.

vista de un fin lejano; en la debilidad del esfuerzo económico; en la precocidad y en el temprano término del desarrollo cerebral y en su sentido muy débil de la realidad¹⁷.

Concede al medio un importante papel como agente de la historia; todo el capítulo tercero de *Nuestra inferioridad económica* y largos pasajes de los veinte tomos de la *Historia de Chile* están dedicados al estudio del territorio chileno. Destruye el mito de que "Chile es un país inmensamente rico", presentándolo como "una de aquellas comarcas que condenan a las razas débiles o mal educadas económicamente, cualquiera sea su pujanza en otras esferas de la actividad, a arrastrar una existencia lánguida y precaria; pero que ofrecen amplios horizontes a la audacia y a la tenacidad de las razas fuertes en los grados superiores de la evolución"¹⁸.

Su visión de la independencia difiere de la que ofrece la historiografía liberal, que recoge la célebre sentencia de Turgot; "Las colonias son como las frutas: caen cuando están maduras". Postula, en cambio, que la independencia "antes que un alumbramiento natural, semeja un parto prematuro"¹⁹ que ocasiona "conflicto civil, confusión política y agotamiento económico". Desmitifica a muchos proceres de la independencia presentándolos en una dimensión más humana, con cualidades y también con defectos. En este sentido difiere sustancialmente de Vicuña Mackenna que levanta a nuestros héroes sobre un pedestal, mostrando únicamente sus virtudes, y restablece el equilibrio frente a la tendencia a la adulación de los grandes hombres²⁰.

La evolución política de Chile entre 1830 y 1891 aparece en su obra simbolizada en la figura de Portales, el cual habría influido decisivamente en el surgimiento de un "alma nacional", de nuevos sentimientos y de nuevos hábitos que alejaron a los ciudadanos de las revueltas estériles y los empujaron "hacia la actividad moralizadora y fecunda del trabajo". Portales sería el restaurador de nuestra alma histórica colonial, que había entrado en disolución durante la crisis de la emancipación, y el que transforma al estado en escuela de moralidad, forjando en nuestro pueblo hábitos y aptitudes ajenos a nuestro desarrollo cerebral. Marca las diferencias entre la obra altruísta de Portales y la acción negativa de los aventureros y demagogos que actúan en los orígenes de la República, provocando "una demolición prematura del pasado" al crear obras efímeras que carecen de raíz. En este aspecto media un abismo entre la interpretación de Encina y la que nos ofrece la historiografía liberal. Mientras los representantes de esta corriente historiográfica ven a los revolucionarios y agitador-

¹⁸ *Ibidem*, p. 33

¹⁹ ENCINA, FRANCISCO A. *Historia de Chile*. Tomo VI, p. 8.

²⁰ GRIFFIN, Charles C. *La revisión de la historia de Chile a través de Francisco Encina*. (Revista Chilena de Historia y Geografía, Santiago, N° 125, 1957, pp. 265-269), p. 284.

res, incluso a aquellos que crean las condiciones para la anarquía que sufre Chile entre 1823 y 1829, como luchando por la libertad, Encina interpreta sus actos como una expresión de infancia mental que deforma el concepto de libertad hasta convertirla en negación del mando²¹.

Es notorio en la obra de este historiador una cierta xenofobia y antiliberalismo que le lleva a deplorar la expoliación que sufrió Chile de parte de comerciantes extranjeros. Sólo éstos habrían ganado con la expansión del comercio. Los historiadores liberales se habrían equivocado al elogiar la libertad de comercio y al presumir que ésta habría sido beneficiosa al país. Como corolario de lo anterior lamenta la supuesta influencia de Courcelle Seneuil en nuestra política económica²².

El sentimiento de nacionalidad, tan entrañable a nuestra alma histórica, lo considera el factor que más ha influido en el desarrollo económico de Chile. Según Encina, este sentimiento recién nace en los orígenes del régimen portaliano de gobierno, pues anteriormente, como resultado de la lucha por la emancipación, se había desarrollado un incipiente espíritu americanista. Consolidada la independencia y organizado el "estado en forma", desaparece el primitivo odio a España y "nace un sentimiento activo de amor a la patria" que se manifiesta en la voluntad de gobernantes y gobernados de conservar y extender el poderío de la nación y procurar su engrandecimiento moral y material. El historiador sigue el derrotero de este sentimiento, que alcanza su punto más alto en la batalla de Yungay que simboliza "la eclosión del sentimiento adulto de la nacionalidad". Posteriormente, acompaña a nuestro país en el vertiginoso ascenso que experimenta entre 1837 y 1861, situándolo desde el lugar modesto que ocupaba al primer puesto en el concierto de los pueblos hispanoamericanos. Luego entra en crisis como producto de la acción de Matta, Gallo, Vicuña Mackenna, Santa María Arteaga Alemparte y otros que cautivados por un "americanismo sentimental", ponen los cimientos de una solidaridad americana y de un pacifismo que paradójicamente nos conduciría a la guerra con España. El sentimiento de nacionalidad se manifiesta nuevamente, pero de manera fugaz, durante la guerra de 1879 para posteriormente, al no ser cultivado por medio de la enseñanza, desaparecer, permitiendo que el alma nacional sea penetrada por civilizaciones más fuertes cuya influencia se hace sentir en la imitación de ciencias, artes e instituciones foráneas. Según Encina el olvido del sentimiento de nacionalidad, con efectos impredecibles sobre el instinto de conservación de nuestro pueblo, y la interrupción de la sugestión portaliana explicarían la crisis moral y económica que comienza a vivir Chile desde finales del siglo XIX,

²¹ ENCINA, FRANCISCO A. *Portales*. Santiago, Nascimento, 1964. Tomo II, 2ª ed. pp. 6-19.

²² ENCINA, FRANCISCO A. *Nuestra inferioridad económica*, pp. 147-154 y Encina, FRANCISCO A. *Historia de Chile*. Tomo X, pp. 163-167.

ideas que desarrolla latamente en la *Historia de Chile* y en *Nuestra inferioridad económica*²³.

Encina presenta sus juicios en forma provocativa, con arrogancia y hasta con un cierto dogmatismo. Este hecho y su implacable crítica de la historiografía del siglo XIX, especialmente de Barros Arana, concitó amargas condenaciones a su persona y a su obra, de parte de admiradores del autor de la *Historia General de Chile* y de los que rechazan el intuicionismo en la historia. Sus críticos han actuado con tal violencia y falta de moderación que han obstaculizado cualquier análisis desapasionado de su obra. La *Historia de Chile* no es una obra erudita ni un recuento sereno, pero sí un logrado esfuerzo por desentrañar las raíces profundas del suceder, resaltar la personalidad de los actores y las influencias que condicionaron las actuaciones. Presta un inmenso servicio a la Patria porque la ayuda a conocerse y tiene el mérito de haber logrado que la *Historia de Chile* deje de ser alimento sólo de pacientes eruditos para transformarse en fuente nutricia del pueblo de Chile. Bellamente escrita, le valió al autor el Premio Nacional de Literatura, en 1955, es ponderada por Jaime Eyzaguirre por: "su frescura, su animación, su dramatismo, su hondo sentido humano". Según este destacado historiador y ensayista nadie pasa por las páginas de la *Historia de Chile* sin una reacción de entusiasmo o de cólera²⁴. En este mismo sentido, Charles Griffin, que se imagina a Barros Arana leyendo a Encina en los Campos Elíseos, nos confidencia que la expresión de aquél era de asombro, fascinación, irritación y ocasionalmente dejaba traslucir una risa burlona²⁵.

²³ ENCINA, FRANCISCO A. *Nuestra inferioridad económica*. Cap. XIII, y Encina, FRANCISCO A. *Historia de Chile*. Tomo XX, Cap. XXVIII.

²⁴ EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia e imaginación en Don Francisco Encina*. El Mercurio. Santiago (25 de agosto, 1965).

²⁵ GRIFFIN, CHARLES C. Op. cit. p. 299.